

mala nota. Esperó á que saliese, y léjos de reprenderle, le abrazó tiernamente, y le exhortó á que volviese á la soledad. Esta dulzura le llenó de confusión, y le hizo entrar en sí mismo. Conoció toda la fealdad de su pecado, concibió un sincero arrepentimiento, y emprendió el camino del desierto en unión de su compañero, encerrándose en una celda, y trabajando con el mayor esfuerzo por expiar su falta con ayunos, oraciones y lágrimas. Dios hizo conocer por medio de un milagro que le era agradable su penitencia, y que por su gracia le habia devuelto á su anterior santidad : pues hallándose afligido el pais por una grande sequía, se le reveló que acudiese á este penitente para alcanzar el término de esta calamidad por medio de sus oraciones. La persona á quien se hizo esta revelación, la manifestó al pueblo, el cual acudió á la celda del solitario, postrándose á sus pies para que elevase sus oraciones al cielo. Hízolo así, y su oración fué acompañada de una abundante lluvia.

Termina, por último, san Juan Chrisóstomo su exhortación á Teodoro con estas palabras : « Levántate de la tierra, querido Teodoro, y sacude el polvo de que te has cubierto. El enemigo que se ha envanecido de darte un golpe mortal, se llenará de espanto, cuando te vea tomar de nuevo las armas de la penitencia, y no se atreverá á atacarte, como hasta aquí lo ha hecho. Pues si las caídas de otros sirven para hacernos más sabios, ¿ con cuanta más razón servirán las nuestras para producirnos el mismo efecto? Yo espero, que, entrando dentro de tí mismo, volverás á tus antiguos ejercicios con tanto fervor, que, con los auxilios del Señor, llegarás á una virtud mayor aún que la que tenias ántes de la caída, y que ayudarás á los demás á hacer progresos en ella. Sólomente te pido por el pronto, que no te desanimes, y esto te lo repetiré siempre que encuentre ocasión ; pues estoy persuadido que, si sigues este

consejo, no habrá necesidad de que te proponga otro remedio. »

DEMETRIO, ESTELEQUIO Y ESTAGIRO

Debemos á las piadosas instancias de Demetrio y Estelequio los dos excelentes libros de *la Contrición*, que san Juan Crisóstomo escribió en la soledad, y en los que ensalza mucho la virtud de estos santos varones. Cree Tillemont que Demetrio no vivia en el desierto, sino en Antioquía, en donde profesaba la vida monástica, como lo habia hecho san Crisóstomo bajo la dirección de Diodoro, y ántes que se retirase á la montaña. Pero Bulteau opina que ambos varones vivian en una misma soledad. Como quiera que sea, Demetrio era monje, como aparece del título del primer libro que el Santo le dedicó. Era de una excelente piedad : no suspiraba más que por el retiro, y su soledad le era muy amada. Tenia una especial afición á la oración que practicaba con el mayor cuidado, ejercitándose al mismo tiempo con gran fervor en la mortificación, y ofreciéndose sin cesar á Dios como una víctima de penitencia.

Aunque se hallaba penetrado de un sentimiento vivísimo de compunción que con frecuencia le hacia derramar abundantes lágrimas, su humildad le ocultaba este dón precioso, y estaba tan léjos de creer que lo hubiese recibido, que, tomando las manos de san Juan Crisóstomo, cuando le veía, las besaba con efusión, y le pedia que quebrantase su corazón endurecido y rompiese su hielo con el fuego de

la elocuencia celestial, con que Dios le habia favorecido para persuadir y mover las almas.

Hé aquí la idea que nos dá san Juan Crisóstomo de la virtud de este gran solitario : « Yo no puedo admirar suficientemente, bienaventurado Demetrio, le dice, la sinceridad de tu corazón y el candor de tu alma, cuando considero las súplicas é instancias con que me obligas á que te hable de la compunción. El deseo que me manifestas no puede proceder sino del cuidado que tienes por purificarte de los vicios, así como del perfecto desprendimiento de las cosas de la tierra á que has llegado. Pues desde el momento en que la santa compunción empieza á penetrar en un corazón, le desprende de las cosas de la tierra, y le hace tomar un santo vuelo para elevarse á las del cielo. Esto se deduce suficientemente de la aplicación con que durante el dia te consagras al estudio de las cosas santas, y durante la noche á la oración ; de las lágrimas que incesantemente corren de tus mejillas, y de las santas prácticas en que perseveras y haces constantes progresos. »

« ¿ Qué podré yo decir para excitarte á la compunción, á tí que la has adquirido en tan alto grado ? ¿ Puedo dudar un solo momento que te halles consumido por los ardores de esta excelente virtud, cuando, besando mis manos, como lo haces con tanta frecuencia, y pidiéndome con lágrimas que ablande tu corazón con mis discursos, veo que te consideras más miserable que los que se arrastran por la tierra, y que crees tener un corazón de piedra, cuando en realidad se eleva al cielo ? Si tienes intención de despertarme de mi letargo, y excitarme á esta santa compunción, no puedo ménos de admirar la sabiduría de este consejo, y deseo secundar tu caritativa prudencia ; pero si quieres que te hable de esta virtud para tu propia instrucción, me haces tratar de una materia que conoces mucho mejor que yo. »

« Cualquiera que sea tu intención, me rindo á tus deseos, tanto para complacer á Dios, que quiere que nada rehusemos á los que nos piden, como para corresponder al afecto de que tantas pruebas me tienes dadas. Sin embargo, como manifestación de tu gratitud, te pido que ores por mí, para que yo trabaje en la enmienda de mi vida, y para que lo que voy á escribir sirva para animar á las almas flojas y tibias, y para que salgan del miserable estado en que la negligencia las tiene sumidas. »

Después de estas merecidas alabanzas que el santo Doctor tributa á Demetrio, entra en materia, y demuestra cuales son los motivos que deben excitarnos á la santa compunción. Por fundamento de todo lo que vá á decir sienta estas palabras de Jesucristo : *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados* ¹... ; *Ay de vosotros los que ahora reis, porque gemireis y llorareis* ².

« ¿ Como, dice, no lloramos después de escuchar esta verdad evangélica, como no lloramos, viendo que la iniquidad se halla extendida por todas partes, y que crece de una manera aterradora ? ¿ Podemos contener nuestras lágrimas, cuando tan poco caso hacemos de los desórdenes que reinan impunemente en el mundo, y que hieren nuestros ojos do quier que los dirigimos ? Casi no quedan vestigios de virtud : la maldad y la impureza parecen haber llegado á su término : el mal, por último, se ha hecho tan grande, que ha llegado á endurecer los corazones y á borrar todo remordimiento. Como los frenéticos que han perdido la razón, y que, en este estado, dicen todas las obscenidades que se les ocurren, ó se entregan desvergonzadamente á los más horribles crímenes, y esto sin dejar de considerarse más sabios y sensatos que los que conservan el

¹ Math. v, 4.

² Luc. vi, 25.

uso de su razón, así los mundanos tienen el alma colmada de males, sin apercibirse de su desgraciada situación. »

« ¿ Qué se hace para curar las enfermedades del cuerpo? No se economizan cuidados ni gastos : se llama al médico ; se le promete guardar exactamente el método por él prescrito, y se practica todo lo que aconseja la ciencia hasta que el enfermo se halla enteramente restablecido. Tan grande es la atención que se presta á la conservación del cuerpo ; pero cuando se trata del alma, no se teme hacerle llagas dolorosas y profundas con los crímenes que á diario se cometen : se la abandona sin pena alguna á todas las enfermedades de las pasiones y de los vicios, sin tomarse por ella el más leve cuidado. ¿ Porque esto ? Es porque el mal se ha hecho tan general, que, habiéndolo contraído toda clase de personas, no hay quién se halle en estado de remediar á los demás. »

« Para convencernos de esta triste verdad, no hay más que comparar la vida de la mayor parte de los hombres con las reglas del Evangelio, y encontraremos tan grande oposición entre ellas, que se diría que la mayor parte de los hombres se han declarado enemigos de Jesucristo. »

Hace despues el santo Doctor una enumeración de las máximas del Evangelio y de los vicios de los cristianos de su época, y demostrando cuán opuesta es su conducta á estas divinas máximas, deduce y expone de una manera la más viva y penetrante los poderosos motivos que tienen los verdaderos siervos de Dios para llorar y excitarse á la compunción. Pero no son sólomente las personas entregadas á los vicios del mundo las que dan motivos para llorar, sino hasta muchas de las que hacen profesión de servir á Dios, y que cumplen imperfectamente la especial obligación que han contraído de caminar por el camino estrecho que conduce al cielo.

Porque no me admira, dice, que los seculares marchen por el camino ancho; pero es sumamente extraño que quieran seguirlo los que han abrazado el camino de la mortificación y penitencia: pues ya se hallen en un monasterio, ya en la soledad del desierto, parece que muchos de ellos no se proponen otra cosa que eximirse del trabajo, y gozar de los placeres y comodidades del reposo, y cuando los superiores quieren emplearlos en algún ministerio, su primer cuidado es preguntar, si será demasiado penoso, y si tendrán todo lo necesario para desempeñarlo. ¿ Y qué? se os manda caminar por el camino laborioso, ¿ y vosotros buscáis el más fácil? La puerta del cielo es estrecha, ¿ y querreis vosotros que se os abra una espaciosa? ¿ Qué cosa hay más opuesta á vuestro estado?

Llevado san Juan Crisóstomo de su humildad, se acusa de haber tenido esta debilidad, cuando tomó la resolución de retirarse al desierto. Confiesa que se inquietaba mucho, pensando si tendría todo género de comodidades, y temiendo caer en manos de un superior, que no le diese el sustento necesario, y que le dedicase á trabajos rudos, como ya lo hemos hecho notar en su vida. Tan grande era entónces, decia, mi solicitud. Sin embargo, los que sirven á los príncipes del siglo, ó se hallan dedicados á los negocios seculares, no atienden á ninguna de estas consideraciones, sino que todo lo sufren por alcanzar los honores ó las riquezas temporales. Esta ambición les hace devorar todos los trabajos, sufrir todo género de fatigas, correr toda clase de peligros y hacer toda suerte de bajezas. Se someten como viles esclavos: emprenden largos y peligrosos viajes: sufren las injurias, los desprecios, los golpes, y todos los rigores de las estaciones: la esperanza del lucro les hace llevar todos los trabajos: no les causa pena la separación de sus parientes, de sus mujeres y de sus hijos, ni temen exponerse á los mayores peligros léjos de su patria.

Todo lo arrostran, y sólo temen que no se realicen sus esperanzas de lucro.

Hé aquí lo que son, en su mayor parte, los hombres del mundo. Expuestos á las mayores solicitudes, á los más rudos trabajos, y á los más terribles peligros, todo lo dan por bién empleado, con tal de satisfacer la avaricia de que se hallan poseidos. Pero nosotros que, por razón de nuestra estado, no buscamos las riquezas que perecen, sino la sabiduría que no muere: nosotros que renunciamos á los bienes de la tierra, para adquirir los del cielo, ¿querremos adquirirlos sin violencia ni trabajo, y gozando de reposo? ¡ Oh hombre! ¿ en qué piensas? ¿ Aspiras al reino celestial, y quieres conseguirlo sin ninguna dificultad? Una debilidad tan insensata debe llenarnos de rubor y vergüenza.

Si se nos propusiese sufrir las más grandes afrentas, las injurias más atroces y las negras calumnias: si se nos amenazase con el hierro, con el fuego, con las bestias salvajes, con los precipicios, con el hambre, con las enfermedades, y con todo género de males, entónces habria motivo para temer; pero si somos débiles, si tememos los trabajos, si cuando nos proponemos ganar el cielo, no nos ocupamos más que en los medios de gozar de las comodidades de la tierra, siendo así que deberíamos avengonzarnos de aceptarlas cuando se nos ofreciesen, no abrigaremos más que sentimientos propios de un alma terrestre.

« La conducta de los que se abrasan en loco amor por los criaturas es también un motivo de condenación para nosotros. Ellos están siempre ocupados en el objeto que aman: la distancia no amengua su afecto: nada encuentran tan dulce como verlo y pensar en él. Pero nosotros que nos gloriamos de arder en el fuego santo del amor divino, léjos de alimentar en nuestros corazones el recuerdo y el cuidado de complacer al objeto de nuestro amor, nos

apegamos á todo aquello que de él nos separa. No encuentro medio de conciliar esta conducta con el amor del cielo de que nos gloriamos: porque el apego á las cosas presentes es un obstáculo para la contemplación de los bienes celestiales: mientras que cuando se las considera como un sueño ó una sombra fugitiva, no se cobra afición más que á estos, y al fin, se consigue la felicidad de poseerlos. »

La santa compunción hace en un alma que se halla verdaderamente penetrada de ella, lo que hace un fuego que se produce en medio de las espinas y que las reduce á cenizas. De la misma manera, esta gran virtud consume los vicios, los malos hábitos y afecciones depravadas. A la manera también que el polvo es disipado por un viento impetuoso, la compunción arroja del corazón la necia concupiscencia de las cosas del mundo. Así como no puede aliarse el agua con el fuego, no puede conciliarse la compunción con el amor de las satisfacciones de la tierra: porque la compunción es la madre de las santas lágrimas, y el amor de los placeres inspira tan sólo necios goces: éste gravita sobre el alma y la apega á la tierra; aquella, por el contrario, la eleva á las alturas del cielo.

San Juan Crisóstomo confirma esta verdad con el ejemplo de san Pablo. No quiero, dice, que prestes fé á mis palabras: escucha á este Apóstol, en quién la santa compunción habia inflamado en el amor santo de Jesucristo. Hallábase tan abrasado en este amor, que en el ardor que le consumia, gemia en su corazón, y suspiraba incesantemente, por que terminase esta vida y llegase el momento de la disolución de su cuerpo.

Sabemos, dice, que si nuestra casa terrestre de esta morada fuese deshecha, tenemos de Dios un edificio, casa no hecha de mano, que durará siempre en los cielos. Y por esto también gemimos deseando ser revestidos de nuestra habi-

*tación, que es del cielo*¹. Y en otro lugar dice también: *No deseo la muerte sino para estar con Jesucristo, por que esto me es mucho más consolador; pero debo someterme á la voluntad de aquel á quién amo, y que me retiene aquí abajo por amor á vosotros. Sufro de muy buena gana el hambre, la sed, la desnudez, las cadenas, los peligros, los naufragios y toda suerte de males. En ellos nada trabajoso, nada humillante encuentro: por el contrario, los miro como un honor y un gran beneficio, por que los sufro por predicar la fé de Jesucristo y por inflamar los corazones en su amor.*

Así es que este gran Apóstol, lejos de proponerse gozar de reposo y comodidades en este mundo, como nosotros que con tanta solicitud los buscamos, se elevaba sobre los falsos goces y trabajos de esta vida, y se apegaba tan poco á la tierra, que solo tenia presentes los bienes del cielo, y suspiraba constantemente por la compañía de los bienaventurados.

« ¿Que obstáculo hay para que tengamos nosotros los mismos sentimientos que este santo Apóstol? No se nos obliga á hacer prodigios como él, ni á adquirir el alto conocimiento que Dios le concedió de los misterios de la religión: sólomente se nos exige que imitemos sus virtudes. Pero ¡qué grande es nuestra debilidad! ¿quién hay entre los vivientes que merezca el tercero ó cuarto grado despues de él? Hé aquí lo que debería hacernos gemir y llorar incesantemente é impedirnos caer tan fácilmente en el pecado. »

« En el mundo aún aquellos mismos que se hallan constituidos en los más grandes honores, los que poseen inmensas riquezas, los que viven en las delicias y nadan en los placeres, no se hallan exentos de aflixión, y derraman lágrimas amargas. El uno llora la pérdida de un hijo único: el otro la muerte de una esposa. En el tiempo de

¹ II Cor. v, 2.

la aflixión no piensan en sus grandezas, en sus tesoros ni en sus placeres: no piensan más que en su dolor. Aún los mismos reyes no creen degradarse dando público testimonio de su aflixión. No piensan que han tenido una mesa espléndida y delicada, que sus lágrimas pueden alterar el color de sus mejillos, ni que su tristeza puede acarrearles penosas enfermedades. »

« Nosotros, por el contrario, que no tenemos que llorar ni la pérdida de nuestros bienes, ni de nuestras mujeres, ni la de nuestros hijos, sino la de nuestra propia alma, tememos que el dolor altere nuestro temperamento, y tomamos por pretexto la delicadeza con que hemos sido criados. Pero ¿para que necesitamos de las fuerzas del cuerpo, cuando sólomente se trata de la contrición del corazón? ¿Para que se necesitan estas fuerzas, si sólomente hay que levantar el alma á Dios, humillarse ante él, confesar nuestros pecados, y domar nuestro orgullo? La debilidad corporal podria servirnos de excusa, cuando para adquirir la contrición, se nos obligase á vestir el saco y el cilicio, ó á sepultarnos en un antro tenebroso; pero nada de esto es necesario. Esta contrición se adquiere trayendo á la memoria todos los pecados, examinando la conciencia, considerando cuán léjos está nuestra vida de la patria celestial, y sobre todo representándonos los formidables aparatos del juicio final, la terrible sentencia que el soberano Juez pronunciará contra los pecadores, la separación eterna que entónces se hará entre los buenos y los malos, la amargura de estos al ser entregados á las devoradoras llamas del infierno, y lo que es aún más terrible, la exclusión para siempre del reino de los cielos, y la separación de la presencia de Jesucristo, de este Salvador tan bondadoso, que tantos trabajos y tan cruel muerte ha sufrido para reconciliarnos con su eterno Padre y preservarnos de los suplicios eternos. »